

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas
al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse
al Apartado de Correos 247.



DON PEDRO ALADRO
Pretendiente que fué al trono de
Albania.

Las tropas aliadas contra Turquía, avanzan hacia Constantinopla y no quieren oír hablar de paz mientras no hayan entrado en Estambul, lo que á juzgar por las últimas noticias no debe ser una cosa lejana, pues la batalla de Tchataldja ha empezado ya y si los búlgaros atacan la línea de fuertes, último baluarte de los turcos, con gran ímpetu, el otomano se defiende haciendo el último es-

fuerzo. Si éstos son vencidos, los aliados entrarán en Constantinopla, y su entrada puede ser un caos. Se harán inevitables las matanzas. Pero lo que más preocupado tiene al orbe entero es la probabilidad de que estalle la guerra europea.

Austria no quiere que de ninguna manera ocupe Servia la costa del Adriático y la Albania, y está dispuesta á evitarlo por la fuerza.

La visita del marqués de San Giuliano, ministro de Estado de Italia, á Berlín, parece que ha tenido por resultado el convenio hecho entre Alemania, Austria é Italia para hacer que Albania sea independiente, constituyendo un nuevo reino cuyo trono ocuparía el duque de los Abruzos.

Otro pretendiente al trono de Albania lo fué en vida D. Pedro Aladro Kartriota, español también, como lo es el futuro rey.

Las potencias de la triple alianza se preparan, pues, para impedir que los estados balkánicos adquieran importancia, y formen un solo imperio que podría llegar á ser temible, y así lo harían si por otro lado no estuviera Rusia dispuesta á defender á los aliados vencedores. Rusia cuenta con Francia, y ambas con Inglaterra.

¿Dejarán las potencias que desaparezca de Europa el imperio otomano?

Difficil es contestar á estas preguntas, pero hay un aire de pesimismo en todas las naciones que hace prever una terrible y cercana guerra europea, cuyas consecuencias da miedo calcular.



EL DUQUE DE LOS ABRUZOS
Probable rey futuro de Albania.

Rusia, Inglaterra, Francia, Bulgaria, Servia, Grecia y Montenegro en formidable lucha por mar y tierra contra Alemania, Austria, Italia y Turquía.

¿Y nosotros?

Nosotros no nos metemos en nada, pero ¿y si nos meten?

Lo cierto es que bien desaparezca un imperio, bien surja un nuevo reino, nosotros nada iremos ganando, de seguro, pero sí podríamos perder.

Los poetas de mi pueblo.

Canto triste ó lamentación que hizo Liborio, "El sacristán", á su amada del corazón, Rita Fernández de Alcotán.

A RITA. (R. I. P.)

Al lado del mar
juróme su amor,
nos dimos un beso
y el sol se ocultó.
Tuvimos un hijo,
mejor dicho, dos,
los cuales crecieron
con mucho vigor.
Ella era bonita
lo mismo que el sol,
más ¡ay! que la fiebre
no la respetó
y estando febril
comióse un melón,
lo cual que la hizo

un daño feroz
y apenas la pobre,
fué y lo deglutíó,
cuando su vista
súbito nubló,
la pálida muerte
que no respetó
que fuese bonita
lo mismo que el sol.

¡Qué mueca la suya,
y qué convulsión!
Abriendo la boca
un ojo guiñó,
la seña del tres,
que mi alma llenó
de amarga tristeza
y acerbo dolor.
Sus ojos "inmóviles
de pronto cerró",
los brazos al cuello
convulsa me echó,
diciéndome amante:
¡Ay, Liborio, adiós!

Ya no vive Rita,
Jesús ¡qué dolor!

Ya no nos pegamos
como antes los dos.
Ya no dice nada
la que tanto habló
pues ha enmudecido
cual grano de arroz.

Yo no tengo lágrimas
desde que murió,
ni tengo alegría,
que se la llevó.

Qué tiempos aquellos
en que nuestro amor
el hogar doméstico,
constante alegró.
¡Oh!, tiempos pasados
en que la ilusión,
nuestras almas candidas
por siempre halagó.
¡Qué tiempos aquellos!
¡qué tiempos; ¡Ah! ¡Oh!
¡Ya no vive Rita,
Jesús que dolor!

M. LORENZO CERNUDA

: GESTOS Y : EXPRESIONES DEL ROSTRO



El estudio de las expresiones y gestos de la cara está en la infancia. Los hombres de ciencia han tenido abandonado este estudio, debido, en parte, es de suponer, á que de ello se han ocupado charlatanes y vivos para engañar á los incautos y sacarles el dinero.

Absurdo era pretender que una sola mirada basta para leer los más recónditos secretos en el alma de un desconocido; pero de día en día se va haciendo más general la convicción de que la observancia de los gestos y la expresión del rostro nos ayuda grandemente á comprender la naturaleza humana.

La lucha por la vida moderna tiene, indudablemente, gran influencia sobre las expresiones. Sobre todo, en los niños es relativamente fácil determinar, con una sola mirada, su estado de ánimo, porque aún no han aprendido á disimular, á dominar la expresión de

expresión peculiar de la cara puede también ser adquirida.

El hombre que ha crecido con mediana ó mala educación, y ya en edad madura se dedica á un estudio especial científico, social ó político, cambia de fisonomía, de gesto, de expresión. Este cambio se debe á la mejor organización de las facultades mentales, por lo cual es difícil dar reglas definidas que gobiernan el gesto del rostro humano.

Sin embargo, el estudio de las expresiones y gestos puede ser de gran utilidad, y así lo han entendido algunos grandes políticos, entre otros Bismarck. El canciller, siempre que tenía que presentar algún proyecto de ley, pronunciar un discurso ó tomar una medida de importancia, pasaba un buen rato á examinar las caras de los diputados presentes y arreglaba sus palabras de acuerdo con la observación del estado de ánimo de los presentes, y se han dado muchos casos en los que cambió de temas por haber conocido en los

definirlo por su expresión. Una sola mirada basta para comprender si es la ira, el amor, el temor, la compasión, etc., lo que le domina en aquel momento, y si á la expresión del ros-

Todos los biógrafos de Napoleón reconocen en él la portentosa facultad de conocer á los hombres por la cara.

Ni Bismarck, ni Napoleón, hicieron estudios científicos sobre la expresión; su escuela fué, sin duda, una cuidadosa observación, y la observación la hacían cuando el individuo estaba en calma, no cuando se hallaba bajo el efecto de una pasión.

Cuando una persona se encuentra bajo la influencia de un sentimiento intenso, todo el mundo puede

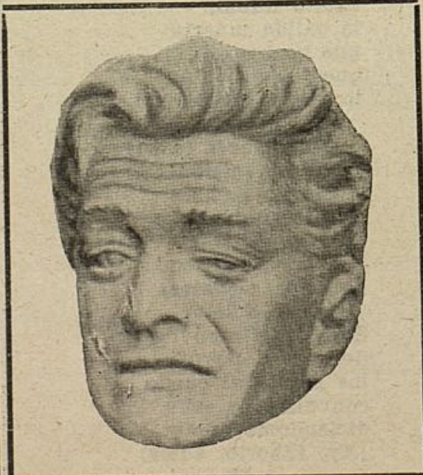


sus emociones, á refrenarse. En los adultos puede decirse que la cara sólo manifiesta las verdaderas emociones cuando éstas son repentinas, inesperadas, anormales.

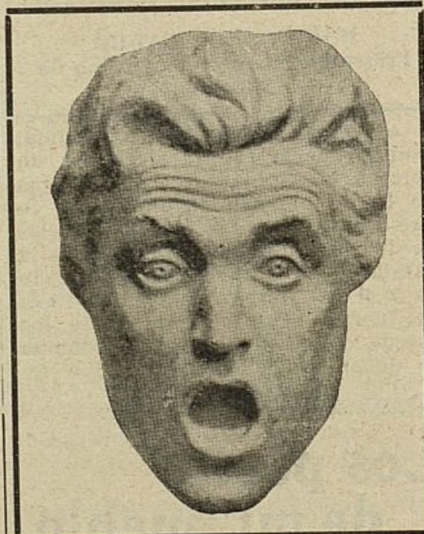
La fotografía, con sus instantáneas de toreros, boxeadores, aviadores, etcétera, nos lo prueba.

Es necesario tener en cuenta que la expresión puede ser normal ó anormal, y estas últimas indican generalmente un desarreglo ó una lesión orgánica. Los enfermos de apendicitis, por ejemplo, tienen un gesto especial, que si bien pasa desapercibido para la inmensa mayoría del público, para el médico, y sobre todo para el especialista, es un dato característico de la enfermedad.

Hay que tener en cuenta que la



rostros del auditorio que la ocasión no era de las más propicias.

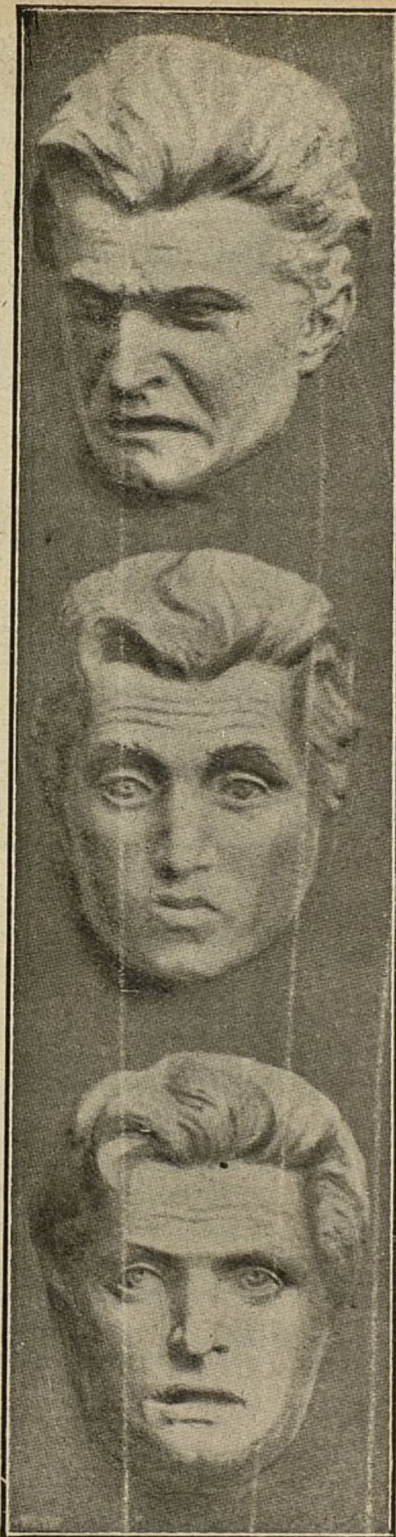


tro añadimos el gesto físico general, será mucho más fácil comprenderle.

La idea de súplica la asociamos con los brazos en cruz, los brazos caídos, y la cabeza inclinada con la de abatimiento.

El buen orador no se conforma con hablar bien, sino que gesticula bien con la cara, las manos, el cuerpo, etcétera, logrando así electrizar y comunicar el sentido de sus palabras en el ánimo de los oyentes, y es un hecho más que probado que nos enteramos mucho mejor de un discurso, de un sermón ó de un recitado cuando vemos al orador, al predicador, al poeta ó al actor.

Ya sabemos que los buenos actores no sólo gesticulan y accionan con todas las partes del cuerpo, desde los pies á la cabeza, sino que hablan,



por decirlo así, con un solo gesto. Hay miradas que dicen más que un libro, hay gestos que ofenden más que el peor de los insultos.

Los antiguos griegos y romanos dieron gran importancia a la mímica. Los primeros incluyeron los gestos en asociación con la oratoria y la música, y los romanos llevaron este arte, llevándolo a la escena, y supliendo las palabras, es decir, la pantomima.

La expresión, como arte, es el estudio de miradas y gestos para conocer un estado de ánimo particular.

Falta saber si el estudio metódico de la expresión tendría importancia en la pintura, la escultura y el teatro, pero no cabe duda que cuanto mayor es el conocimiento de los procesos de la expresión, mayor fidelidad puede darse a la reproducción, bien sea en la escena, en el mármol ó en el lienzo. Los investigadores del estudio científico de las expresiones, dicen:

"Darwin observó que la forma general de las expresiones es igual entre los aborígenes australianos que en el más refinado europeo".

¿Por qué todo hombre, cuando se enfada, tiene la tendencia de hacer lo mismo que el perro, es decir, abrir la boca, mejor dicho, los labios, y cerrar los dientes?

Un perro lo hace así porque los dientes son su principal defensa; pero en el hombre no es así y, sin embargo, en todos los países es la misma expresión; todas las razas lo hacen lo mismo.

En el hombre es una característica de herencia.

Es además muy curioso observar en las diferentes expresiones, la causa con el efecto.

Un hombre que se dispone a comer un manjar apetitoso, de su agrado, abre la boca, y sus ojos brillan de gusto pensando en el placer que le espera; si, por el contrario, lo que tiene que engullir es amargo, es una medicina desagradable, por ejemplo, instintivamente, sin darse cuenta de ello, cerrará fuertemente la boca, apretará los labios en violenta contracción, fruncirá el entrejo y echará la cabeza hacia atrás.

Es más, casi siempre se hacen signos negativos con la cabeza diciendo que no, aunque uno está convencido de la necesidad de tomarlo.

Pues esto mismo sucede con las emociones mentales, según sean agradables ó desagradables.

No deja de ser verdad, en gran parte, que la cara es el espejo del alma; pero es la cara toda, el total del rostro el que debemos observar con detención, si queremos formarnos una opinión bastante exacta del carácter de la persona que queremos estudiar.

Ahora bien, como el carácter también se retrata en los gestos y en la mímica, conviene además del estudio de la cara, la atenta observación de los movimientos y gesticulaciones con el resto del cuerpo.

Si en la práctica nos equivocamos más a menudo de lo que debiera ser, es que muchas veces los gestos son estudiados, porque la humanidad gusta de engañar, es hipócrita; por eso el estudio debe hacerse por sorpresa cuando las emociones impiden todo fraude ó disimulo.

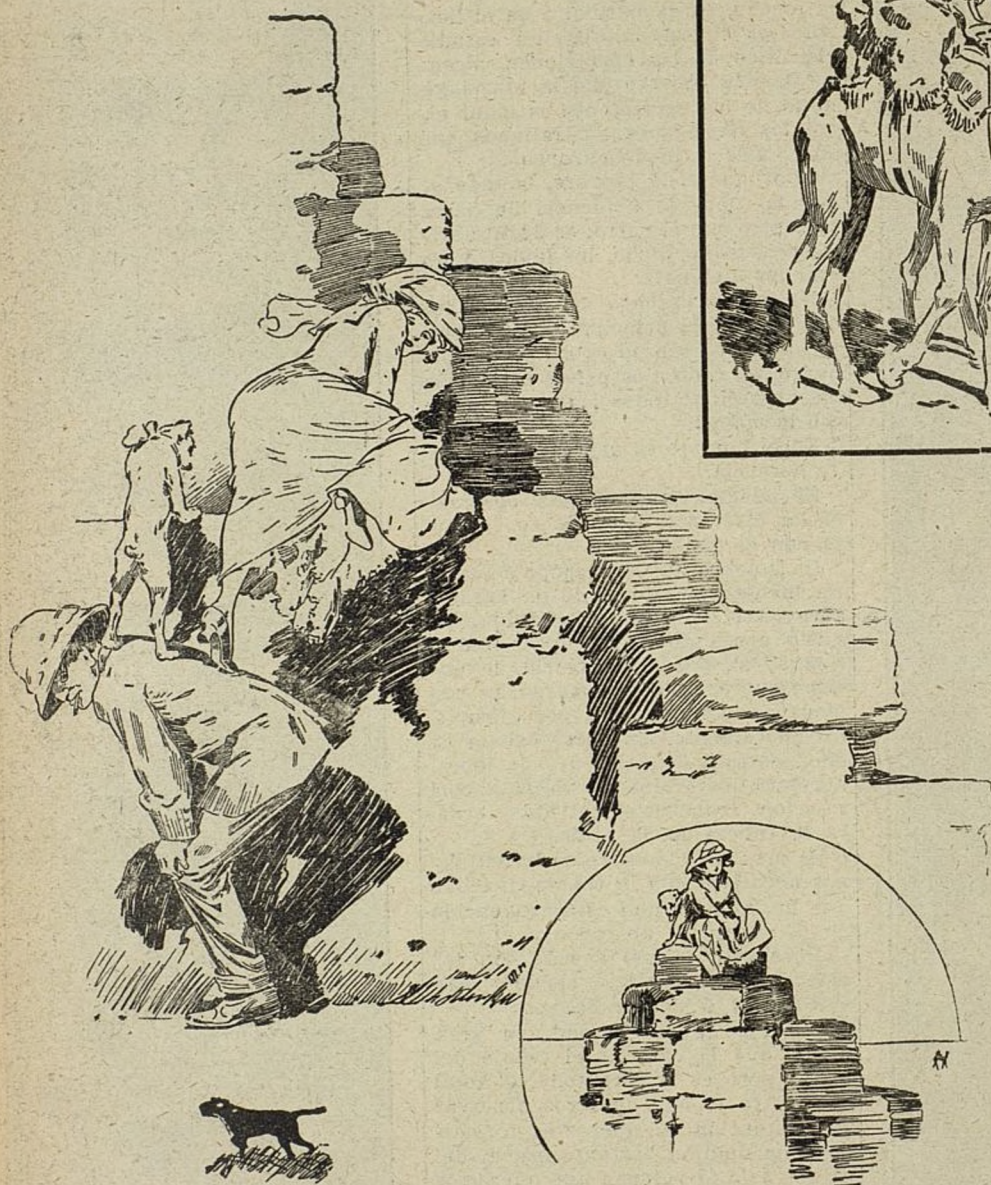
En los grabados que ilustran esta información, obtenidos de curiosas instantáneas, pueden verse retratadas varias pasiones y sentimientos varios: la rabia, el buen humor, el disgusto, el desprecio, la sorpresa, el horror, etc., que fácilmente se podrán distinguir con un poco de aten-



ción, y que, por lo bien hechos, pueden servir de norma para el estudio del cambio de facciones, según el estado de ánimo.

En general, en todos los gestos y expresiones de la cara, los músculos de ambos lados del rostro funcionan al unísono, es decir, se contraen, retuercen ó aflojan de igual manera los músculos de la izquierda que los de la derecha, aunque en algunos casos, como en la expresión de enfado, los músculos funcionan con cierta disparidad.

EN BUSCA DE MARIDO



Llegó á la capital, y sin perder un día,
Se embarcó para Egipto y llegó á Alejandría,
De donde pasó al Cairo, la vieja capital,
La Sultana del Nilo, la villa original.

Es una buena tarde de un día caluroso,
Bajo el cielo de Egipto, azul y esplendoroso,
Fuese á ver las pirámides, llevando de guión
A un yanki su paisano, sencillo y bonachón.

Era un hombre sencillo, que se había ganado
Hermosa posición por su trabajo honrado;
Hombre de pocas luces, de poca ilustración,
Pero cabal, modesto, de hermoso corazón.

Se insinuó con la viuda; y ésta, entre sí decía:
—Modelo de elegancia, no lo es, mas algún día,
A fuerza de cariño, le podré presentar
Como esta maravilla que vamos á admirar.

Por la inmensa pirámide de Cheops, lentamente,
Subían con trabajo. En la ocasión presente—

Se decía la viuda—, me hablará de su amor,
En llegando á la cima este infeliz señor.

La viuda allí en la cúspide, soñaba entusiasmada.
¡Qué historia! ¡Oh, Cleopatra! ¡Faraón!—exclamaba
¡Qué inmenso monumento! ¡Qué decís, mister Blay?
—Digo que en Nueva York, muchos más altos hay.

—Sols un prosaico burro, un tonto y os detesto;
Dejadme en paz, y largo, largo de aquí muy presto.
Pasando mil trabajos, con pena sin igual,
Por distinto camino descendió cada cual.

Y preguntó la viuda, á la esfinge de roca
—¿En dónde está el amor romántico—. ¡So loca!—
Contéstóle la esfinge—¡Mucho tienes que andar,
Si es que un amor de esa índole, pretendes encontrar.

FERS

LA VIDA EN BROMA

¡Tanto Balkán... taro á la fuente!

Desde que se retiró el Guerra, no habíamos vuelto á ocuparnos tanto de retiradas y de guerras como en estos instantes verdaderamente balkánicos.

Hace días que en España, como en el Extranjero, no se habla más que de la guerra turca, de Salónica, de Andrinópolis y de Nazim Pachá.

—¿Ha muerto Nazim Pachá?...
—Se ha rendido Andrinópolis?...
—¿Quedará para contarlo algún turco?...



Estas son las preguntas que se oían por todas partes, menos por el Congreso, donde preocupados todos del porvenir de España, y de los gallegos, se preguntaban simplemente:

—¿Se ha rendido Montero Ríos?...
—¿Le han dado á su hijo Avelino la

fiscalía del Supremo?... ¿Cuándo acabará de tomarnos el pelo ese viejo egoísta?...

Pero eso en el Congreso; fuera de allí, donde la gente se ocupa sólo de tonterías y pequeñeces, interesaba más la suerte de los turcos y de la Media Luna, á pesar de no ser más que media, que la actitud de ese señor que sólo busca los medios para que viva su familia.

Turquía es una especie de condenado á muerte, que ya está en las últimas... En las últimas trincheras, pegado ya á Constantinopla. Es decir, pegando, bien saben ustedes que no, porque hasta la fecha sólo se han dejado pegar de sus enemigos los aliados, que, por lo visto, se han propuesto que no queden de los turcos ni los rabos.

¿Quién había de pensar que al fin, los españoles habían de preocuparse tanto del problema de Oriente, cosa tan distinta al problema que domina aquí, que es el del cocido?...

¿Quién había de decirnos que volveríamos á hablar de la Media Luna, después de haberla suprimido en las corridas de toros?...

Y, sin embargo, es así; se oye hablar por ahí de la Sublime Puerta como si fuera la Puerta del Sol, la Puerta de Moros y Puerta Cerrada.

Verdad es que todas estas puertas no serán tan sublimes como aquella, pero nadie me negará que hay noches que le ganan en lo de "turcas".

Los sábados, sobre todo, al cerrarse las tabernas, cada una de esas puertas parece un barrio de Skibabá, Stambul ó Constantinopla.

¿Qué de "kurdas" pasan por allí?... ¡Y qué Ski-"babas" llevan algunos socios!... ¡Me río yo de los otomanos!...

Tal vez por esta remota afinidad con ellos, y sobre todo con ellas, afecten tanto á los españoles las derrotas turcas.

—¿Te has enterado de la última noticia, Desiderio?

—No, chico. ¿Qué pasa?...

—Que ayer los búlgaros atacaron dos ciudades turcas y tomaron una.

—¿Qué tíos esos, Anastasio!... Todos los días toman una. ¡Me siento búlgaro.



—Aquí no se puede ser ni eso, créeme. Tomas cuatro copas, y en seguida te aplican el amoníaco.

—Están más adelantados, chico.

—¿Calcula tú si hubieran tenido que hacer con los servios y los búlgaros lo mismo que con nosotros!...

—No salen de Sofía.

—Ni de la Casa de Socorro.

—Te digo que si no fuera por mi mujer, ya estaba yo en Andirí-nopolis!

—¿Y qué?... No acercándote á Sofía, me parece que no te diría nada. Además, no es la primera vez...

—Es "verdaz", pero tanto Balkán... me da miedo. Y además, tanto Balkán... taro á la fuente que... ¡magras!

—Eres grande, Desiderio.

—¿Soy... "estratégico", Anastasio!

F. ROIG BATALLER

Las camareras de Benaguaci!

Café con... mojicones.

Nunca se me olvidará, aunque viviera años mil, lo que usted recordará que pasó en Benaguaci, días ha.

Parra, el dueño de un café, que estaba siempre vacío (el café, no Parra, ¿eh?) puso camareras de...

¡de padre y muy señor mío!

Y el éxito, es natural, fué tan grande y colosal que desde el momento aquel los vecinos en tropel invadieron el local.

Los mozos todos huían

de las mozas casaderas, y al salón Parra acudían, donde comían, bebían y... ardían horas enteras. Más de dos y tres maridos huyendo de la tabarra de los seres más queridos, estaban siempre metidos en la "brasserie" de Parra.

Todos allí, hasta los viejos, hartos de esposas é hijos, vivieran cerca ó muy lejos, ¡eran parroquianos fijos de Parra y de sus... "anejos"!

Todo, todo el vecindario, todo estaba allí, y tal vez el alcalde, el secretario, los médicos, el notario, los sacristanes y el juez.

Pues cualquier "bar" ó salón donde haya preciosidades como las de Parra son, ¡para las autoridades

tiene mucha seducción!

Por fin pasó lo que pasa siempre que se abusa, y fué que se alborotó la casa y las vecinas en masa cayeron sobre el café.

Sublevadas como fieras, las casadas y solteras hicieron un estropicio, rompiendo las cafeteras y teteras del servicio.

—¿Qué pedís?—gritaba el dueño.

—¡Pedimos que se las eche!

—¿Y por qué tan loco empeño?...

—¡El café nos quita el sueño!

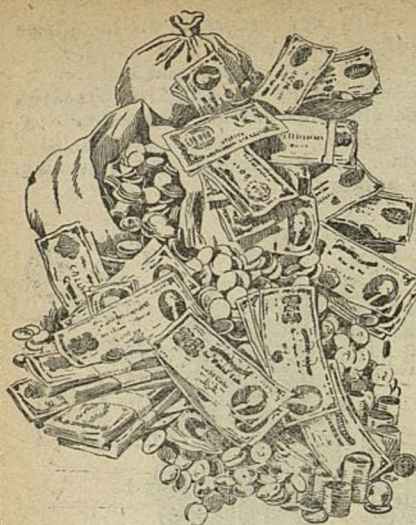
—¡Tomadlo entonces con leche!

Pero al fin las sublevadas lograron ser escuchadas con esta actitud hostil...

¡Qué tristes, qué desoladas vuelven á ser las veladas ahora allí, en Benaguaci!...

Pío GRACO

LA SED DE ORO



es un pueblo asombroso, maravilloso.

—Sí, señor—replicó el negro, levantando los ojos por un momento de la maleta, que llevaba entre las piernas, y, volviendo al momento a clavar los ojos en ella.

Felipe se sonrió.

—Para ti, Sam, no hay nada, por lo visto, tan maravilloso como esa maleta, ¿verdad?

—Nada, mi amo—replicó el negro, permitiéndose sonreír por un momento, pero sin dejar de mirar a la maleta. Y luego añadió:

—¡Y pensar, señor, que este que llevamos aquí no es todo el dinero del mundo!

—No es todo, no, Sam—replicó Kelvin riéndose, y luego se puso a contemplar los cambios que en la gran ciudad habían hecho quince años de transcurso.

Después, y hablando más consigo mismo que con el negro, continuó diciendo:

—Es asombroso; hace quince años cuando yo estuve aquí, no me daba cuenta de lo que todo esto representaba; pero ahora veo que esta calle es el centro de la energía nerviosa de América, que se ha vuelto loca por la supremacía de la raza. Tú, Sam, no te figurarías que íbas a ver una cosa tan maravillosa cuando te libré en Tennessee de las garras de aquella muchedumbre que te quería linchar.

El negro, emocionado por el recuerdo, replicó:

—Yo no podía imaginarme eso, mi amo, y nunca lo olvidaré, niño mío. Mi vida estaba perdida; me hubieran colgado a la rama de un árbol, donde me hubieran comido los cuervos si usted no llega con tan buen corazón y me lleva con su automóvil. Mi vida le pertenece, amo mío. Usted me puede matar cuando quiera, sí, mi amo, cuando le plazca, porque ya me ha hecho vivir tres años más de lo que era mi vida, y ahora le pertenezco en todo lo que soy.

—No lo hemos pasado del todo mal últimamente, Sam—continuó diciendo Felipe—; pero ahora es cuando empezábamos a vivir.

Luego siguió musitando en voz baja un buen rato, hasta que de nuevo levantó la voz para decir:

—Lo que me extraña es que con todo lo que la ciencia ha adelantado, la Política y los negocios siguen lo mismo. Igual sistema, igual método anticuado; lo mismo que hace quince años. El negocio y la política son sin duda alguna las dos instituciones más conservadoras del orbe. ¿No te parece así, Sam?

—Sí, señor, así es—contestó Sam categóricamente.

Kelvin soltó una sonora carcajada, convencido de que el negro no le ha-

bía entendido una palabra de lo que le había dicho.

Llegaron al hotel, y subiendo a las habitaciones de Kelvin, Sam no soltaba el maletín.

Metódicamente, como un autómatas, cogió un par de cojines de un sofá, unas almohadas de la cama, las amontonó en un rincón, se sentó encima, y, sujetando la maleta entre sus piernas, se puso a descansar. A los cinco minutos estaba en estado de dormi-vela; descansaba, pero sentía; Hacía el efecto de uno de esos enormes perros de presa, negro azabache, en guardia. ¡Desgraciado del que hubiese intentado tocar la maleta!

Mientras tanto, Felipe, en su cuarto, se entregaba a hacer notas y cálculos, haciendo cuentas de las operaciones del día; consultando libros, periódicos, cotizaciones y estadísticas. Después sacó una caja de papel y escribió una larga carta.

Eran cerca de las tres, cuando un botones entró en el cuarto, después de obtenida la venia de Kelvin, y le entregó dos cartas. Abrió la primera, escrita en papel pequeño, de color agarbanzado, ligeramente perfumada, que leyó con fructido entrecejo. Al llegar al final y leer la postdata, la expresión de su cara cambió; risueño, se levantó y entró en el cuarto contiguo.

Sam, al oír los pasos de su amo, abrió los ojos brillantes sobre el marco negro, y sin decir una palabra, inmóvil, aguardó a que se le dirigiera la palabra.

—Oye—le dijo Kelvin.—Lucía no te ha olvidado.

Los ojos del negro brillaron con mayor fulgor; luego, haciendo un esfuerzo, sonrió.

—Es la muchacha más traviesilla que he visto en mi vida. ¡Qué rica! —exclamó Sam pasando su rosada lengua por los amoratados bellos.

—Me escribe su ama—continuó diciendo Felipe al tiempo que echaba una mirada a la carta, y en ella me dice que desde tu visita, la chica va perdiendo el color y desmejorando. No hace sino preguntar por ti, dónde estás y cuándo vuelves.

Sam se acurrucó sobre la maleta abrazándola con piernas y brazos en convulsiones locas, y gritaba:

—¡Amo mío! Soy una fiera para las mujeres; soy un Ténorio!

Felipe, después de reír un rato con las explosiones de alegría de Sam, se volvió a su cuarto, hizo añicos la carta que llevaba en la mano y la arrojó con desprecio en el cesto de los papeles.

Luego cogió la otra carta, escrita por mano de mujer. El asombro se pintó en su cara, y para cerciorarse de que no leía mal, se acercó a la ventana para leerla con mayor

Unidos, que le embriagaba la idea del poder, que tenía que conquistarlo, y que la única manera de conseguirlo era acaparar todo el dinero de la nación él solo. Si conseguía eso, haría todo lo que se le ocurriera; tumbaría el Gobierno y se proclamaría emperador y corregiría todos los abusos del mundo. Decía muchas locuras; pero en el fondo tenía muchísima razón.

Mientras así hablaba Rensselaer, Galleón silbaba suavemente una antigua canción, marcando el compás con los golpes que con un lápiz daba sobre uno de los fajos de billetes dejados por Kelvin.

—No irá tan lejos—dijo sentenciosamente al cabo de un rato—. Ese joven tiene ya tanto dinero, que le hará olvidar las ambiciones que tenía cuando era pobre. Eso sucede a menudo.

II

Cuatro oficinas más de corredores visitó el joven Kelvin, y en cada una de ellas hizo el mismo negocio que había propuesto al viejo Galleón; pero en cada una de ellas dejó una lista de acciones diferente. Ordenó su venta, dejando una buena prima para la venta inmediata.

Con maleta, ya medio vacía, montó en su automóvil, seguido de Sam, y ordenó al chauffeur que siguiera a lo largo de Broadway hasta el hotel de la Explanada.

A lo largo de la populosa y frecuentada vía miraba con interés, con la curiosidad natural del forastero.

A derecha e izquierda, interminables líneas de tranvías, coches y automóviles, repletos de gente, cruzaban en todas direcciones.

En los elegantes autos veía pasar los reyes del dinero, corriendo ufanos en busca de otros reinos que conquistar, con la insaciable ambición del oro, del poder, del triunfo. Kelvin, que ya la tenía grande, se sintió contagiado ya en aquel momento; se sentía invadido por una ambición que le embriagaba, que le enloquecía.

—Parece mentira, Sam—dijo, volviéndose hacia el negro—, lo que ha cambiado esto en quince años. Este

claridad. Quedó pensativo, volvió a leer la carta, pareció tranquilizarse, miró al cesto de los papeles donde había arrojado los trozos de la otra epístola y se sonrió. Se sentó y empezó a cavilar, pero a los pocos segundos el timbre del teléfono le interrumpió en sus meditaciones.

—¿Quién? ¿El Sr. Rensselaer? Dígale que suba.

Guardó la carta que acababa de leer, ordenó sus papeles y aguardó; al poco rato entraba en el cuarto el joven Rensselaer.

—Llegas a tiempo, querido. ¿Qué tienes que hacer ya hoy?—le preguntó Kelvin.

—Mucho y nada—contestó el recién llegado.—Ahora que son las tres lo que tengo que hacer es alegrarme todo lo que pueda de la oficina y olvidarme de que existe hasta mañana por la mañana.

—Perfectamente, querido Rensselaer.

—Me alegro que así lo creas, y ahora vamos a ver qué plan es el tuyo y qué quieres hacer con mi persona.

—Por de pronto—replicó Felipe; tengo en Nueva Jersey unos amigos a quienes debo atenciones y no puedo dejar de ir a ver. Tú me acompañas, ¿verdad? es cuestión de hora y media si vamos por el túnel.

Rensselaer se encogió de hombros y replicó. Como quiera, por el túnel se va más aprisa en efecto.

—No es que me importe el economizar tiempo—dijo Felipe poniéndose el abrigo y cogiendo el sombrero—, quiero ir por el túnel submarino por ver algo nuevo, por conocer algo que no conozco. Ya ves, la última vez que estuve en Nueva York era un niño y no apreciaba lo que veía.

—Lo habrás encontrado muy variado—exclamó Rensselaer.—Yo por mi parte puedo decirte que en ningún sitio me encuentro mejor que en el campo, a caballo entre aquellas manadas de vacas, pero mi respetable tía no concibe que nadie pueda vivir fuera de aquí. Dice que lo otro es vida de bárbaros y tiene miedo que haga un mal casamiento. Dice que para casarse fuera de su esfera basta con mi padre.

—Pues tuvo muy buen gusto—dijo Felipe.

—Muchas cosas buenas ha hecho mi padre; pero creo que la mejor fue el casarse con quien se casó; por eso, yo soy el primer Rensselaer, des-

de hace cien años, que se baña y se viste sin ayuda de lacayos. Y esto se lo debo a mi madre, que era una mujer de pies a cabeza, dulce, pero enérgica, sencilla y femenina, pero fuerte y sana, con un tacto exquisito, franca, sincera y honrada.

La voz de Rensselaer al hablar de su madre, temblaba.

—¿Cuánto me hubiera alegrado conocerla!—dijo Kelvin.—Hay que convencerse que nuestra tierra produce gente de verdad. Yo creo, que en el tiempo que he estado por allá, he adquirido suficiente fuerza, salud y energía, para que me dure durante toda mi campaña venidera.

Rensselaer se volvió hacia su compañero de repente, y le dijo:

—No me quiero meter en tus asuntos, ni te voy a preguntar nada de lo que piensas hacer, pero lo que has hecho, me parece asombroso. Hace años que no corre tanto dinero en el barrio de los negocios. Giros inmensos, cheques de asombrosas can-

parar con esta fiebre de negocios, de industrias y de ambiciones; chico, miles, millones de almas, trabajando en malas condiciones higiénicas, sin ver el sol, sin aire puro. Ya no hay hombres, la raza degenera, y si no, mira a ese botones sin desarrollo, desmedrado física y moralmente, pálido, flojo, da pena. Estos no serán hombres, serán gusanos.

Felipe miró con revulsión al muchacho; joven de diez y siete años, que apenas representaba doce.

—¿Algunas veces—exclamó—, los gusanos se revelan, y entonces...

Cuando un país pierde su clase media, está perdido. Se puede arrancar de la humanidad todo, hasta la esperanza, pero hay algo que no se puede quitar.

—¿Qué cosa?

—La capacidad de matar.

Rensselaer se echó a reír y contestó:

—¿Pero te puedes figurar nada más gracioso que una pelea con cuarenta ó cincuenta de estos engendros?

—No veo la gracia—replicó Felipe—. Acabarías con los cuarenta ó los cincuenta; pero yo he visto a un grupo de golfillos, vendedores de periódicos, niños casi, atacar a un hombre fuerte y robusto, y por poco le matan.

—¿Y te acuerdas de aquella pelea entre Mutton y Lane? Aquello sí que fue serio. ¡Vaya unos puñetazos!—dijo Rensselaer—pero dejémonos de esto y hable-

mos de otras cosas más agradables.

Recuerdos del pasado. De eso se ocuparon hasta que pasado el túnel, el ferrocarril suburbano les dejó en Hampton, donde Kelvin consultando con una carta que llevaba en el bolsillo, se dirigió en busca de la casa de Ben White.

III

La familia White era una familia a plazos. A plazos pagaban la comida, a plazos se vestían, pagaban a plazos las sillas donde se sentaban, las camas donde dormían, las cacerolas donde cocinaban y los libros que leían.

Al acercarse Kelvin y Rensselaer, un cobrador de un almacén de ropa blanca salía de cobrar un plazo. En la puerta estaba una muchacha bonita, fresca y sonrosada, una mujer que respiraba salud por todos sus poros.

Al ver a los forasteros aguardó, mirándoles con curiosidad, pero a los pocos pasos, al reconocer a Felipe, corrió hacia ellos con alegría:

—Ya sabía que no habías de dejar



tidades se ven a menudo, pero montones de oro, de papel moneda verdad, se ve muy rara vez. Yo mismo he sido el encargado de hacer tu negociación esta mañana, y una hora después, todo el mundo hablaba del asunto. ¿Qué ha sido de tu vida en estos cinco años? Adónde fuiste desde Montana?

—Me metí en grandes negocios en el Tennessee, de golpe y porrazo y con buena suerte. Aquello está bastante virgen. di un par de golpes con éxito y en seguida tuve amigos que me protegieron; he subido bastante, pero ambiciono más y tengo que vengarme. Un "crack" mató a mi padre, el pobre no pudo soportar el mal rato de aquella pérdida.

—Sí, recuerdo habértelo oído contar, por eso te aconsejo que mires lo que haces, no te vayas a escurrir y quedarte sin un real en tus jugadas—le aconsejó Rensselaer.

Kelvin se contentó con sonreír por toda respuesta, y el otro continuó diciendo:

—Yo no sé a donde vamos a ir a

COSAS RARAS Y NUEVAS

Nuestro grabado no representa un grupo de orientales haciendo oración, ni occidentales haciendo el ejercicio de andar á gatas: son personas que buscan la fortuna, y ya es sabido que para lograrlo, en la mayoría de los casos, es á fuerza de arrastrarse. Unos lo hacen en los salones, en las oficinas, etc.; estos de nuestro grabado lo hacen en el Sudoeste alemán de Africa. Los buscadores de diamantes recorren los terrenos que los producen, van mirando al suelo, haciendo sondas, estudiando los minerales, aguantando el

TRAS LAS RIQUEZAS

sol día tras día, soportando los horribles y pertinaces aguaceros de las regiones tropicales por conseguir un pedacito de carbono cristalizado.



Hace algunos años se descubrió un yacimiento de diamantes en el Africa alemana del Sudoeste, cerca de la bahía de Luderitz, y desde entonces los buscadores de diamantes abundan mucho en aquella región.

En 1909 esta parte de Africa exportó por valor de cerca de treinta millones de pesetas en diamantes.

El ejército austriaco ha adoptado un nuevo invento para arrojar despachos desde los dirigibles y aeroplanos, sin necesidad de que estos aparatos tengan que aterrizar.

El mensaje va encerrado en una caja que, al ser arrojada, se inflama una capa química que la envuelve y se desprende una columna de humo que se ve á gran distancia; al mismo tiempo y durante la caída se desarrolla una banderola de seis metros de largo que indica el lugar exacto donde ha caído el despacho.

La hija de un multimillonario neoyorkino y el hijo del presidente del Estado de Arizona acaban de contraer matrimonio con las sencillas ceremonias del rito indio Moki, que consiste en comer los novios un pastel de cebada mondada, y al terminar el último bocado el sacerdote les declara marido y mujer.

Se ha formado en Berlín una sociedad para reformar el atavío de los hombres. Los miembros, al ingresar en la asociación, se comprometen á no usar jamás camisas de hilo, chaleco, pantalón largo, sombrero de copa ni hongo. Sólo podrán usar sombreros de paja, calzón corto, camisas de franela y chaqueta.

D. Francisco Cabronero y Romero, que en Motril desempeña el cargo

MAIZ MONUMENTAL

de sobrestante de Obras públicas, es además un agricultor inteligente y estudioso. Ya en otra ocasión tuvimos el gusto de reproducir una fotografía con unos pies de trigo de colosal desarrollo. Mentira parecía que dicha planta pudiera alcanzar mayor altura y, sin embargo, así es, como puede verse por los magníficos ejemplares que el señor Cabronero ha logrado obtener, gracias á la constante selección de semillas, á especiales abonos y al estudio constante.

En la cosecha de este año ha conseguido recolectar pies de maíz que miden 4,85 metros de altura, con la particularidad de que no pierden su fecundidad, pues cada mata da tres y cuatro panochas de excelente maíz. Nuestro grabado, reproducción de



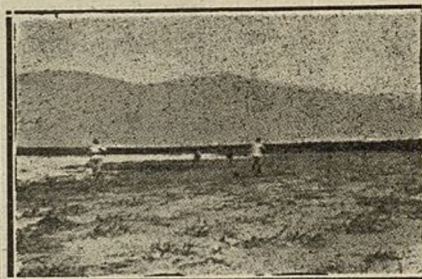
una fotografía, representa al inteligente agricultor, Sr. Cabronero, con varias matas de maíz y tres hombres, uno encima de otro, que sirven para ver la comparación y hacerse cargo del increíble desarrollo de la gramínea.

Al describir los deportes y las diferentes cacerías á las que uno puede dedicarse en esas interminables llanuras de Sud América, llamadas pampas y sabanas, al hablar del flamenco, esa ave que llena la atención por las largas patas, delgadísimo cuello y brillante color, dice:

DEPORTE EN LAS PAMPAS

“El vuelo de una bandada de flamencos sobre una laguna de las pampas es, en mi opinión, uno de los espectáculos más bonitos é interesantes que se pueden ver”.

Indudablemente así debe ser, pues la pintoresca ave de un rosa subido,



volando sobre el lámpido azul del cielo pampero, debe hacer un efecto verdaderamente maravilloso.

Nuestro grabado representa una partida de caza que ve desfilar ante su vista, á la orilla de una laguna de la pampa argentina, numerosa bandada de flamencos.

Montenegro, el menor de los estados balkánicos en lucha con Turquía, es un pequeño reino que apenas tiene un cuarto de millón de habitantes, y su extensión es menor que la mayoría de las provincias de España, pues tiene una área que se diferencia poco con la provincia de Lugo.

Con los habitantes de la capital de España se podrían poblar cerca de tres reinos de Montenegro y con los habitantes de Londres, veintinueve.

Cuando las cerdas de un cepillo de dientes se debilitan y se doblan por demasiado blandas, límpiese el cepillo con agua hirviendo, en la que se haya echado una cucharada de amoníaco. Después disuélvase un pedazo de sal en agua fría, y humedézcase con ella el cepillo varias veces y déjese secar.

De tal manera ha aumentado el número de automóviles en la capital de Inglaterra, que el Ayuntamiento de Londres ha adoptado las letras LH como novena serie para el registro de esos vehículos.